

Sembrar, horadar, explicar

VÍCTOR GÓMEZ PIN*

Resumen: Tomando como punto de arranque el tema de las catástrofes cósmicas y el cíclico retorno a una situación de indigencia, se señala la importancia de la presencia del logos aun en las actividades más elementales (sembrar, horadar, construir). Corolario principal es la imposibilidad de disociar drásticamente entre actividades motivadas por la necesidad y actividades motivadas por el deseo y la exigencia de lucidez.

Palabras clave: catástrofe, supervivencia, saber lo biológico, lenguaje, ser humano.

Résumé: En prenant comme point de départ le thème des catastrophes cosmiques et le retour cyclique à une situation d'indigence on met l'accent sur la présence du logos au sein même des activités les plus élémentaires (semer, créer des ouvertures, construire). On en tire l'impossibilité de dissocier radicalement entre activités dont le moteur est la nécessité et activités répondant au désir et à l'exigence d'intelligibilité.

Mots clés: catastrophe, survivance, savoir, le biologique, langage, être humain.

En el origen

«Hay en Egipto —dijo Solón— en el Delta, hacia el extremo donde el río se bifurca, una comarca llamada Saítica, de la cual la ciudad más importante es Saís —de allí era Amasis el rey—. Para sus habitantes Saís es de origen divino: Neiz fue su fundadora, diosa que según dicen, corresponde a la griega Atenea. Las gentes de Saís son muy amigas de los atenienses, y afirman que en cierta medida son parientes».

Llegado a la ciudad de Saís, Solón traba conversación sobre las cosas del pasado con los sabios del lugar; un día en que narraba los más antiguos hechos de su Atenas, se vió interrumpido por un viejo sacerdote que exclamó:

«Solón, Solón, eternos niños sois los griegos, no es viejo el griego... ninguna arcaica tradición oral ha podido vincular en vuestras almas opinión fundada ni ciencia por el tiempo emblanquecida».

Tal impericia del griego no reside en lo reciente de su aparición en el tiempo. Fundada la ciudad de Atenas 900 años atrás, por la diosa a la que debe su nombre, el griego es sin embargo joven en razón de que, a intervalos regulares, un exceso de fuego o un exceso de agua hacen en Grecia perecer todo aquello que vive sobre la tierra y ello precisamente... cada vez que el esfuerzo humano ha logrado alcanzar la etapa de la escritura.

La destrucción no tiene la misma intensidad cuando la provoca el agua que cuando lo hace el fuego, en el segundo caso es total; en el primero sobreviven aquéllos que habitan las cimas de las montañas. Pero tales rescatados «burdos e ignorantes son incapaces de expresarse por escrito».

* Dirección: Departamento de Filosofía. Universidad Autónoma de Barcelona. 08193 Bellaterra. Barcelona.

Reencontramos a estos supervivientes de la catástrofe en el texto de un olvidado pensador. Los encontramos en tales condiciones de indigencia que carecen de las más elementales artes propias del discursar y de la civilización. El que a ellos se refiere es Filoponio, quien comentando los trabajos matemáticos de Nicómaco de Gerasa viene a evocar a Aristocles de Mesina autor de un tratado en diez libros Sobre el amor del saber, título éste intencionalmente coincidente con el de una obra perdida de Aristóteles. Al Maestro nos remite pues, en última instancia, Filoponio. El texto vincula la situación de indigencia derivada de la catástrofe al problema del conocimiento en sus diversas modalidades. Aquella es presentada como motor de toda aspiración a conocer.

«Ha de saberse que la humanidad perece por las más diversas causas: peste, penuria, seísmos, guerra, mil variedades de enfermedad, más sobre todo en razón de gigantescos diluvios... que no logran sin embargo la desaparición de la humanidad entera. Pues los sacerdotes y todos aquéllos que viven en las cimas o aún en las vertientes de las montañas escapan al cataclismo mientras que en la llanura queda sumergido cuanto habita.

... Careciendo los supervivientes del diluvio de alimento, la necesidad les mueve a inventar los medios de escapar a la indigencia, moler el grano mediante instrumentos, sembrar, etc., a tal grado de invención dieron el nombre de ciencia o saber (sofía) ese saber revelado de lo que es útil a las primeras necesidades de la existencia.

... Entonces, por inspiración, al decir del poeta, de Atenas, descubrieron las técnicas o artes que no se limitan ya a cubrir las necesidades de la existencia sino que contribuyen a la nobleza y al ornato de la vida: y a tal invención de nuevo dieron el nombre de ciencia o saber (sofía).

... Dirigieron entonces su mirada a la organización de la ciudad y forjaron las leyes y el conjunto de lazos que unifican a aquélla en un todo: tal invención fue asimismo calificada de ciencia o saber (sofía).

Dando un paso más reflexionaron sobre los cuerpos y la naturaleza que los forja, tal indagar recibió el nombre específico de ciencia o teoría de la naturaleza (fysidé theoría).

... En quinto lugar se volcaron sobre los objetos más dignos, inmutables y sin lugar en el cosmos: a tal indagar nombraron ciencia o sabiduría arquitectónica».

* * *

Aspiración a conocer, a determinar nuestro entorno y nuestra propia entidad, como resultado del mítico retorno a la situación de indigencia originaria. Cabe sin embargo conferir a esta narración un contenido no mítico, reconociendo en el protagonista la atemporal figura de aquél que, por trascender la condición de infante (es decir, privado de palabra), tiene como destino el recrear el proceso que las etapas descritas emblemáticamente configuran: el recién nacido a la palabra (el «niño» que de hecho ha dejado ya de ser infante) es, en efecto, el único ser pura e intrínsecamente abierto a todas las dimensiones del saber evocadas, a cada una en particular tanto como al vínculo que entre ellas pueda establecerse. Y si el niño es en tal tarea ayudado recordemos que en el mito el hombre no emerge a cero, sino que simplemente se halla en situación precaria: el superviviente es residuo de un orden sustentado en la posesión del saber al que él aspira, orden que, aún olvidado (como el adulto respecto al niño que ignora su presencia) le sostiene. En el mito de Tineo, el superviviente se halla incluso ayudado por la existencia de la escritura.

La diferencia esencial no estriba entre el niño y el superviviente del diluvio: no estriba tampoco entre la situación previa al aprendizaje de la *tejné* y la situación posterior. La diferencia esencial se halla entre el niño y el superviviente del diluvio como seres ya pensantes, por un lado, y los seres que al pensamiento aún han de emerger, por otro lado. La diferencia esencial estriba entre la situa-

ción en la que no se da sino potencia de lenguaje y la situación en que el lenguaje, omnipresente, es instrumentalizado al servicio de las necesidades que el mismo engendra. Pues del texto se desprende que jamás la *tejné* es medio de satisfacción de necesidades meramente animales: no hay técnica animal aunque en ocasiones se dé intersección aparente entre la instrumentalización animal y la instrumentalización humana.

El motor del saber

El origen del saber es evocado en el texto como estribando en la necesidad: la primera etapa aparece como alcance de los instrumentos que garantizan la subsistencia. El motor de la reflexión sería el evitar que el entorno anule o debilite las posibilidades del persistir.

Mas he aquí que una vez la subsistencia garantizada, el saber no se detiene: se pone entonces al servicio de otras causas, empezando por lo relativo al descanso y al ornato de la vida. Alcanzada esta meta, la jurisprudencia acabada y el porqué de los fenómenos naturales serán entonces meta de la aspiración... Esta no detención en lo adquirido, nos revela que el carácter instrumental del saber era ficticio. Estando ciertamente al servicio de la subsistencia biológica, constituyendo un medio para alcanzar (y recrearse en) la belleza (al decir de Hegel «lo liberado de las determinaciones que impone la fortuita realidad presente»), sustentándose en la conveniencia de crear un marco ciudadano justo, motivado por la satisfacción de determinar el entorno natural en su ley y verdad... el saber no se agota sin embargo en esta potencialidad de servicio a pluralidad de causas:

Lejos de ser causas finales explicativas del arranque y proceso del saber. Subsistencia, Justicia, Belleza y Verdad aparecen más bien como etapas a través de las cuales una aspiración, que ninguna carencia exterior engendró y que determinación alguna puede, por tanto, colmar, se renueva.

De ahí, en el mito, la radical oscuridad en lo relativo a la ciencia presentada como arquitectónica: puesto que previamente alcanzadas, belleza, justicia y verdad no son categorías susceptibles de recubrir el objeto aún indeterminado y que por ello mismo alimenta la tendencia: «objetos más dignos inmutables y sin lugar en el cosmos» se nos dice: objetos de cuya racional contemplación carece aquél que, sin embargo, parece ya subsistir en un orden propiamente lingüístico o humano, cumplidas las exigencias de ornato, equidad en la convivencia y regularidad en la prosecución de los fenómenos naturales.

Al decir de un texto de la *Metafísica* muy útil para la intelección del que ahora nos ocupa, el saber que prosigue en su aspiración acaba descubriendo cuál era el auténtico objetivo de ésta: descubre que el saber a nada aspiraba o mejor dicho: descubre que aspiraba tan sólo a sí mismo. Tanto como decir que el mito de la supervivencia tras el diluvio apunta a poner de relieve la aventura de un ser que lucha eternamente por su subsistencia, más no en tanto que entidad meramente biológica, sino indisolublemente biológica y lingüística.

Nadie como Aristóteles (considerado sin embargo como padre de todo empirismo lúcido) ha señalado tan radicalmente la frontera que en todo momento escinde aquello que explica la acción propiamente natural de la tarea humana. Así por ejemplo, cabe preguntarse si alguna vez nuestra actividad es reductible a un mero hábito: en tal caso incidiríamos con los seres inanimados que «al igual que quema el fuego» por disposición natural «hacen, si, pero sin saber lo que hacen». Mas tal actuar mecánico nunca, tratándose de lo humano, se da en estado puro. En razón, de entrada, de que nuestra práctica más elemental se sustenta al menos en la experiencia y que ésta exige la percepción sensorial (fantasía) y la memoria («Y del recuerdo nace para los hombres la experiencia, pues muchos recuerdos de la misma cosa llegan a constituir un experiencia»). En razón, sobre todo, de que si bien «la experiencia hizo el arte, pues muchos recuerdos de la misma cosa llegan a constituir

una experiencia»). En razón sobre todo de que si bien «la experiencia hizo el arte... cuando de muchas observaciones experimentales surge la noción universal sobre los casos semejantes», el propio Aristóteles no indica que nuestra experiencia exige ya el razonamiento y por ende al juicio no pudiendo así ser confundida con la costumbre animal.

El ingerir caldo ligero de verduras y no chocolate tras una intoxicación etílica sólo es un comportamiento humano si resulta al menos del razonamiento sustentado en la inducción (tal día y tal día en esa situación resultó catastrófico el chocolate mientras que ocurrió lo contrario con el caído) pero sólo cuando el razonamiento engloba el conocimiento de la causa del efecto (balsámico en un caso, agravante en otro) constatado lo humano además de persistir empieza a deplegarse... Nos encontramos aquí en el umbral de un tipo de comportamiento que vendrá determinado por exigencias que trascienden no ya la biológica inclinación a perdurar, sino asimismo la biológica inclinación a reproducirse: no ya el instinto de conservación individual, sino también el instinto de conservación específico. Pues el razonar no es en absoluto mero instrumento, no se trata de una facultad más entre aquellas que, como la memoria o la fantasía son armas para una mayor adecuación al entorno... Rápidamente se revela que el razonamiento utiliza más bien las exigencias naturales como alimento para introducir las suyas propias. Y ello, en ocasiones, de forma tan sutil que el propio sujeto atravesado por la razón (es decir, atravesado por el lenguaje) cree seguir siendo mera prolongación del orden natural, experimentado a lo sumo que en el seno de éste goza de un determinado privilegio. Tal confusión toma de entrada la forma de proyección antropológica sobre el orden natural de modalidades de percepción que a la más elemental reflexión se revelan no tener sentido alguno fuera de la mediación por el lenguaje.

Pues es imposible que un ser carente de razón tenga lazo alguno con especies (eide) ni por ende con individuos que de las especies son sólo proyección. Inmerso en la continuidad de lo que le afecta sin presentar contornos ni individuales ni específicos, el animal vive sin teoría, potencial o actual, vive sin ver, puesto que la vista en el sentido cabal de la palabra, esencial e intrínsecamente piensa.

Y cuando las especies y los individuos son mediación de toda percepción, cuando el ser de lenguaje emerge en esencial conformidad a aquello que Platón bajo forma mítica ha descrito, cuando sólo hay referencia a las determinaciones (ya sea bajo la forma de lo no actualizado, de aquello cuya identidad se desconoce), entonces la dialéctica propia de la idea es aquello que más profundamente marca objetivos, de tal manera que la vida misma empapada en el orden eidético viene (según el decir de Hegel) a ser mero empleo de las categorías.

Perspectiva en la cual se hace inteligible una frase tremenda de Aristóteles que aquí presentamos en traducción un tanto forzada: «pues el [hombre] que percibe de algún modo está juzgando».

Ahí está la frontera, ahí está la diferencia, que sitúa de un lado a todos los humanos y de otro a todo aquello (animal, vegetal o mineral) que nos ha sido intrínsecamente escindido por la llaga constitutiva de lo humano. Pues el hecho de que un tiempo la percepción fuera pura y que a partir de ella se generara su experiencia, indica tan sólo que la emergencia de lo humano tiene en la naturaleza una etapa temporalmente precedente, que al lenguaje se llega tras inevitable por la infancia, es decir por condición potencialmente lingüística pero en acto meramente animal. El infante como cualquier animal percibe y tiene experiencia sin juicio, más —cuestión de definición— en cuanto da el salto al lenguaje tan vínculo inmediato con lo dado queda atrás... su percepción del alimento pasa a ser mediatizada por el registro de los símbolos y su pulsión, o repulsión, es entonces expresión de una carencia que ya no responde a la necesidad sino al deseo.

Lo que en definitiva, tratamos de expresar es que la tarea humana no puede responder a puras necesidades de orden natural porque sencillamente no se dan en lo humano tales necesidades.

Por sus motivaciones como por las facultades que hace intervenir, el trabajo humano implica siempre cuerpo y juicio, registro biológico y registro de la razón. Y ello es cierto aún en los casos en que una violencia radical contra su condición fuerza al humano a actividades aparentemente sin lazo con la vida del espíritu. Se trata entonces simplemente de un lazo de privación y de carencia, conscientemente vivido como tal o no, pero en todos los casos intrínsecamente mutilador.

Bien vivir y no meramente vivir. Vivir conforme a una virtud coincidente con el despliegue de la potencialidad creativa e inventiva y con la permanente recreación de vínculos, necesariamente aporéticos, con los demás seres del lenguaje: tal es la causa o motor final que a lo humano incentiva. Objetivo a no confundir en modo alguno con la aspiración a una vida de ornato. Pues el ornato como el ocio son más bien paliativos, y así cómplices, del trabajo desvirtuado de su función (y de la existencia por ello mismo intrínsecamente alienada) que primer fruto de una tarea liberadora de las potencialidades. El propio Aristóteles indicaba ya que la preocupación por el ornato de la vida debería estar ya resuelta (es decir, superada) para que la tarea auténticamente proporcionada a lo humano, la tarea que apunta a la inteligibilidad se abriera camino. Tanto como decir que ni la ciencia digna de tal nombre aspira a ser vehículo de una más comfortable inserción en el orden marcado por los lazos naturales (Otra cosa es que, decíamos, ello resulte por añadidura) ni el arte soportará que se le asigne una función de contingente complemento ornamental, asténico desde el momento en que lo auténticamente determinante apareciera en juego. Menos aún el arte y la ciencia toleran ser pasto para esa parodia del saber que constituye la erudición, caracterizada por el narrador de *En busca del tiempo perdido* como «fuga ante nuestra propia vida que no osamos contemplar de frente».

Pues el pathos inherente al hecho de osar tal contemplación lejos de ser ajeno a las modalidades de rigor propias respectivamente del arte y de la ciencia, es el germen mismo a partir del que el uno y la otra se despliegan. De ahí lo ilegítimo de la disposición que ante la imagen o la frase musical se agota en el reconocimiento del complejo de influencias o los sofisticados recursos de la técnica, y que —en la figura del profesor, archivero o vigilante— juzga del progreso de la ciencia por el monto de sus aportaciones a un espíritu considerado a modo de saco vacío y que de tal manera alcanzaría por fin alimento.

Tal pathos está presente en la lucha por ese saber (sembrar u horadar) que constituye la técnica elemental y utilitaria: a fortiori en aquella otra técnica que indiscutiblemente conlleva una dimensión de ornato (erección de habitaciones que desde luego no son ya meros refugios). Presente asimismo en la tarea que explícitamente se asigna como objetivo el culto a la belleza o la virtud (construcción de anfiteatros o de templos). En el esfuerzo por comprometer indisociablemente en una práctica radical la dimensión biológica y la dimensión lingüística, resistiendo a la falacia que (en la asignación de destino pararelo a cuerpo y alma) las escinde...

Presente en los cálculos geométricos o numéricos, de hecho nunca totalmente inexistentes en las anteriores prácticas... y ciertamente en la actitud reflexiva que, con peldaño en los mismos, «se esfuerza por remontarse a la fuente común de organización del mundo y del sujeto que piensa el mundo». Expresión radical con la que un gran matemático de nuestro tiempo reivindica la legitimidad de aquello a lo que un tiempo apuntó lo que se da en llamar filosofía y que desde el arranque de su *Metafísica* Aristóteles presenta como aspiración universal:

«Todos los humanos por genuina disposición aspiran a aprehender la causa de las formas... De aquí que, constituidos ya todas estas artes, fueron descubiertas las disciplinas no subordinadas al placer ni a la necesidad... por eso las artes matemáticas nacieron en Egipto, pues allí temía vagar la casta sacerdotal... y el conocer y el saber buscados por sí mismos se dan principalmente en la ciencia que venía sobre lo más escible... y lo más escible son los primeros principios y las causas».

Fiesta y lucidez

El texto de Aristóteles relativo a la presencia en todos y cada uno de los humanos del deseo de saber se completa con otra afirmación del Estagirita según la cual en la medida en que aspiramos a la lucidez (en la medida en que respondemos a la condición de los seres de razón) ejercemos una actividad que es la «propia de los hombres libres». Correlación ésta de la que se infiere un aspecto inquietante a saber: sin libertad en acto no hay posibilidad de lucidez; a todo retroceso en las libertades corresponde inevitablemente una regresión oscurantista y viceversa.

Es desde luego indudable que se niega a alguien la condición de hombre libre cuando su trabajo es reducido a modalidades en las que no se vislumbra el menor lazo con aquello que, por oposición a la inclinación animal, es exigencia de los seres de lenguaje.

De ahí que lo barruntado como tarea arquitectónica a partir del texto de las catástrofes cósmicas, deba traducirse en primer lugar por la instauración o restauración de un espacio de libertad, es decir: un espacio no ya empíricamente habitable sino plenamente humanizado; espacio en el que la libertad de todos y cada uno se refleja en el hecho de que nadie se halla adscrito en exclusiva a tareas carentes de relación con los fines gnoseológicos y estéticos en los que la dignidad de lo humano se proyecta.

En tal ámbito el término trabajo llegaría a perder la connotación peyorativa que con razón le acompaña cuando designa actividades, no ya alejadas de fines racionales sino, a menudo, puestas al servicio de la sinrazón. Pues evidentemente se niega a alguien la condición de hombre libre cuando su vida transcurre en la alternancia embrutecedora entre trabajo mecánico y ocio, parodia grotesca de la complementariedad fértil entre trabajo y descanso.

El hecho de que en el mundo que nos rodea a una mayoría se le asigne explícitamente tal destino no resulta en absoluto chocante cuando se parte de una concepción desvirtuada del lenguaje según la cual la riqueza esencial de ésta residiría, no en aquello que todos los que hablamos por hipótesis tenemos (estructuras y conocimientos del orden de los puestos en relieve por Chomsky en su *Lingüística Cartesiana*) sino en frutos contingentes que unos sujetos alcanzan y, otros no: en aquello, por ejemplo, que resulta de una u otra información. De ahí esa humillante jerarquización entre humanos que han acumulado alimento cultural, y humanos que sólo poseen lo auténticamente esencial. Jerarquización que se establece a la paz entre los habitantes de una misma lengua y también entre las lenguas mismas: prestigio de aquéllas que son vehiculadoras de información técnica o artística y despectiva asignación de las otras a funciones consideradas primitivas; lenguas «evolucionadas» frente a lenguas consideradas poco menos que como prolongación de una comunicación de tipo animal. El saber vehiculado por la información se halla en nuestra cultura radicalmente escindido entre aquel susceptible de ser instrumentalizado por el arte y la poesía y un segundo canalizado hacia la tecnología y la ciencia positiva. Y es común entre los Pensadores, remitir tal bifurcación a la que se revela en el seno de la palabra griega *tejné*.

En cualquier caso se establece en el seno de la segunda vía una especie de división suplementaria, de tal manera que una modalidad de la técnica (arrinconada en lo meramente utilitario) vendría a oponerse no ya a poesía y arte sino asimismo al saber teórico. De ahí la división entre trabajo manual y trabajo intelectual y la jerárquica adscripción al primero de los seres no cultivados. De ahí el proceso de conversión de los sujetos en masa, es decir: seres condenados a renunciar a esa práctica de la razón a la que todo ser de lenguaje aspira.

De poco vale ante el peso del orden social la evidencia de que tal división es falaz, que de hecho resulta imposible establecer barrera nítida entre tarea manual y tarea intelectual, no dándose ejem-

plo alguno de actividad humana que no suponga imbricación. Parece como si la historia de esa quiebra y de la larga secuencia de mutilación que conlleva... aunque también historia de los esfuerzos (más o menos frustrados) de la razón por superarlos:

Pues las imágenes abrumadoras en las que parece cristalizar el destino social y que conducen a la tentación de la renuncia encuentran una y otra vez dialéctico contrapunto en el sentimiento de que todo ser humano (cualquiera que sea su situación en la jerarquía social) se halla irremediablemente confrontado a la verdad; que ésta según se ha dicho, «a todos concierne». Ello implica que apuntar a la verdad exige los componentes nucleares de la palabra y sólo estos componentes. Más aún: ello supone que en el ámbito donde la verdad está en juego la equiparación de los humanos es un hecho y en consecuencia reivindicar la diferenciación jerarquizante y situarse en ella equivale a apartarse de tal lugar de la verdad.

Apuntar a la verdad supone de entrada voluntad de no transigir con lo que pone trabas al discurrir, a la razón que legitima y sustenta. Voluntad de no empantanarse en problemas superfluos y artificiosos, desvinculados por definición de la cuestión central sobre el cosmos y nuestro papel en él. Voluntad, en consecuencia, de renunciar al conjunto de prejuicios, creencias edulcorantes de nuestra condición, genuflexiones y cobardías que de ordinario configuran nuestra personalidad. Dado este paso los elementos de información vienen realmente por añadidura, información fecunda y fértil por ser instrumento para enfrentarse a las aportaciones derivadas de la cuestión esencial, mientras que sería estéril, y hasta embrutecedora, de erigirse en verdad ante la que postrarse como papanatas.

Nos referíamos antes al momento de nacimiento propiamente humano, en el que toda percepción pasa a ser mediatizada por el registro de los símbolos, momento a partir del cual la atracción (o rechazo) que un objeto provoca no puede ya ser explicada por su adecuación al instinto de conservación individual y específico.

Asunto propio de psiquiatras, psicólogos o psicoanalistas es inventariar las durísimas implicaciones de tal salto: el hecho de dejar de ser prolongación de la naturaleza, la imposibilidad de satisfacción en todo lo que no se halle mediatizado por los demás seres lingüísticos; y la inserción de los lazos con éstos en el marco de leyes excluyentes de toda fusión, etc.

Asunto por el contrario de cada uno es preguntarse cómo tal quiebra, tal exilio respecto a la condición meramente instintiva o animal no provoca en todos los casos (lo hace en algunos) un rechazo, que cegaría la visión en el acto mismo del desvelamiento.

¿Por qué en suma el sujeto humano no repudia de inmediato esa lucidez que marca su nacimiento? ¿Por qué, incluso, caso de ser arrancado a ella la mantiene como objeto de nostalgia y —como admirablemente sugiere Aristóteles— aspira explícita o secretamente a reencontrarla?

La única respuesta posible es que en el escindir de la condición meramente natural reside la matriz de la auténtica afirmación y así que la lucidez como acta de nacimiento es fiesta.

En tal acto la naturaleza misma es por vez primera aprehendida como tal: a la vez materia y límite de un entorno intrínsecamente social y poblado de contenidos que redimen de haberla negado: secuencia de imágenes risueñas, violentas, jocosas o tiernas componiendo esa realidad visual a la que una espléndida pintura luminosa intentará retrotraernos; secuencia acústica con tempo, ritmo y alternancia de consonancias y contrastes inherentes al imbroglío mediante el cual se revela lo indiosociablemente jocosos y dramáticos de la peripecia humana; secuencias olfativas y táctiles... Impresiones todas ellas plenamente empapadas de lenguaje, configurando esa atmósfera, exaltante sea cual sea el contenido, sin la cual lo insoportable de lo real a que se refiere un pensador contemporáneo nos hubiera hecho en el origen mismo repudiarlo.

Tal dureza de lo real explica quizás el que haya llegado a universalizarse una ordenación social que entre sus funciones conlleva el extirpamos de la atmósfera originaria. Objetivo que supone distorsión del deseo —que lo es siempre de verdad— y canalización de la capacidad humana hacia los objetivos parciales, cuando no aberrantes, que a cada uno asigna la división social del trabajo.